

APUNTES

— 20 —

6 de Abril de 1935

—
Director:
Elias Jiménez Rojas



San José de Costa Rica - Apartado 230

Hoy no hay más que dos caminos en la política:
por el socialismo o contra el socialismo.

STANLEY BALDWIN,
Lord presidente del Consejo.

Gran Bretaña, 1.º de abril de 1935.



Yo pido que se me señale una sola diferencia entre
los hombres y las mujeres que pueda legítimamente
servir de fundamento a la exclusión de un derecho.

Condorcet

APUNTES

— 20 —

6 de Abril de 1935

Paidocracia

por Giovanni Papini

Hubo un tiempo, según cuentan, en que los ancianos mandaban. Monopolio del culto y del poder: gerontocracia. Ahora nos hallamos en plena paidocracia. Dominan en todo los muchachos. Son ellos los que dan color e impulso a la civilización. Nos hallamos en manos de los menores.

Basta con mirar. Los gustos de la infancia se han convertido en los de la mayoría. Comenzando por la literatura. El libro más afortunado de estos últimos tiempos, en Francia, es el *Diable au corps*, de Radiguet, escrito por un adolescente; y en Inglaterra, *The young Visitors*, de Daisy Ashford, compuesto por una muchacha de nueve años.

¿Por qué, nunca como ahora, el género literario más fecundo y más editado es la novela, género del que durante tantos siglos el mundo ha prescindido? Porque los hombres ahora se han vuelto niños y quieren oír contar historias. Entre los cuentos de la abuela, por ejemplo, y las novelas de Branch Cabell o de Garnett, no hay, en el fondo, más que una diferencia de nombre. El surrealismo y el dadaísmo renuevan el incoherente balbuceo pueril.

En la pintura, los modernísimos dibujan como los

niños: han vuelto al sintetismo ingenuo y malgarbado de las figuras que se encontraban antes en los cuadernos de la escuela o en las paredes de las letrinas. El *douanier* Rousseau, tan admirado ahora, es uno que imagina y colorea como un muchacho de diez o doce años.

La misma transformación en las diversiones. Los griegos antiguos buscaban su alegría en la tragedia, que exigía, para ser gustada, reflexión y cultura. Hoy no sólo los muchachos sino también los hombres y las mujeres de toda edad se precipitan al cinematógrafo, que no es otra cosa, al fin, que la antigua linterna mágica, delicia de los muchachos de antes, perfeccionada. Ningún esfuerzo intelectual se exige a los aficionados a los *films*; lo que es propio del adulto, la inteligencia, es puesta aparte. Todas las diversiones hoy populares son más *visibles* que *espirituales* y por lo tanto infantiles.

Una de las pasiones del muchacho que juega es el *match*; ser el *primero*. Los hombres, en nuestros días, han introducido esta manía infantil en todas las cosas: en las más insignificantes y en las más graves. Batir un *record* es hoy el ideal de todos; el de los antiguos era la sabiduría, la paz, la renuncia.

La manía del deporte es otro síntoma: casi todos los deportes no son nada más que viejos juegos infantiles adaptados a los mayores y hechos más solemnes por la publicidad y la especulación. Los muchachos dicen: hacer carreras, jugar a la pelota, jugar con los puños; los adultos dicen: pedestristismo, *football*, *boxe*, etcétera.

¿Y las máquinas más difundidas y más amadas no son tal vez juguetes agigantados y hechos peligrosos? No digo las máquinas que producen realmente un trabajo, sino las que usan todos: el automóvil, el

gramófono, la radio. De cien personas que van en automóvil, tal vez únicamente diez lo adoptan por necesidad: para las otras es un juego, un pasatiempo, una diversión. Un juego para pasar delante a los demás coches, el pasatiempo de la velocidad, la diversión de la fuga y del torbellino... Muchachadas.

Este infantilismo progresivo se encuentra incluso en la filosofía. A la razón, a la dialéctica—cualidad y fuerza del hombre maduro—substituye siempre el estro, el inconsciente, la intuición, en suma, lo irracional, propio del espíritu del muchacho.

El comercio del muchacho se funda todo en el cambio, y con el cambio entre mercaderes (grano contra utensilios) hemos vuelto al país que se imagina hallarse a la vanguardia del progreso humano: Rusia. Los cambios que he visto en los mercados clandestinos de Moscou se parecían exactamente a los cambios de los antiguos escolares.

Las mujeres, siempre las primeras en darse cuenta de donde sopla el viento, han comprendido ya lo que se debe hacer y en todo buscan parecerse a los jovencitos. El ideal de la mujer antigua era la matrona; el de la modernísima, el efebo.

Y se me ocurre que la palabra presbítero viene de *présbite* y quería decir *viejo*. ¿La civilización moderna, con su tendencia a la hegemonía de los impúberes, será tal vez la contraposición del sacerdocio?

Gog. Traducción directa de Mario Verdaguer.

Décima edición.

De Carlos Richet, el eminente fisiólogo

El voto de los sarrenses nos muestra a las claras el hecho psicológico de que los hombres se conducen exclusivamente según sus sentimientos. Y como los hombres, los grupos de hombres.

Si los sarrenses no hubieran obedecido más que a sus intereses—inmediatos o lejanos—habrían votado por la continuación de su independencia.

Tenían completa libertad; la han perdido entera.

Tenían su religión, y su religión está ahora terriblemente amenazada por las fantasías de Hitler.

Tenían altos salarios y sus salarios no pueden ya ser los mismos.

La vida era barata; van a gozar de la vida cara.

No pagaban casi impuestos; los van a conocer pesadísimos.

Ignoraban el servicio militar; van a sufrirlo duramente.

A pesar de las evidentes ventajas de su independencia, no han querido conservarla. Su germanismo ha vencido.

Hay en esto un error que espanta. Nadie les pedía que renegaran de su germanismo. Podían haber continuado perteneciendo a la vieja patria alemana—vida intelectual germánica y vida familiar germánica—sin necesidad de incorporarse al Reich para encorvarse ante Hitler.

¿Cómo? ¿Abandonar libertad y bienestar con tal de tener las mismas aduanas, los mismos sellos de correo, las mismas administraciones, los mismos uniformes, las mismas tiranías de Hamburgo, de Berlín, de Nuremberg?

¡Lo que pasó, pasó! Constatemos únicamente que las emociones populares y las agitaciones belicosas

no son desencadenadas por el interés, sino por los sentimientos, y por sentimientos bastante mediocres: los celos, el amor propio y lo que se llama falsamente el honor nacional. ¡Como si el honor nacional no nos obligara a la paz en vez de armarnos para la guerra!

Por ciegos que sean los pueblos, los ciudadanos de todos los países saben perfectamente lo que la guerra ha de acarrearles: matanza, derrota, ruinas.

Los pobres humanos son como las abejas que hincan su aguijón para encontrar la propia muerte.

e. j. r.

25 de enero de 1935.

Espada de dos filos

por Germaine Baumont

Subía Andrés Laumoy la vieja escalera con la lentitud recogida de un hombre que ha tomado una resolución importante y que va a ponerla en ejecución. La resolución era de veras importante: iba a pedirle a Lisbeth Meriel que se hiciera su esposa.

La conoció a orillas del mar, durante las vacaciones, y se la había encontrado después en casa de amigos comunes, en París.

«¡Una muchacha completa, perfecta!, se decía él. Jamás una palabra o un gesto impropio; sabiendo divertirse dentro de los buenos límites; de educación esmerada y, además, elegante y distinguida. ¡La compañera que necesito, la que he soñado!»

Andrés tenía ante sí la perspectiva de una hermosa carrera social y en su mente se juntaban las imágenes de la mujer de su casa y la mujer de salón.

«Que ella me quiere, es un hecho, pero no se imagina hasta donde llega de mi lado el cariño, el amor, para decir la palabra exacta. ¡Cómo voy a sorprenderla! ¡Con tal de que esté en la casa y me reciba favorablemente!»

Nunca había ido Andrés a casa de Lisbeth. Sabía que ella ocupaba la misma pequeña habitación en que había vivido su madre desde el día en que quedó viuda. Allí, estaba al menos en compañía de dulces recuerdos. ¡Y cuántas veces se complacía Andrés en ponerse a adivinar aquella casta mansión!

Llamó. Una vieja sirvienta salió a abrir; se asustó ante el caballero y, sin preguntarle el nombre, corrió para adentro, dejándolo en la antesala.

Y en esta antesala, Andrés vió sobre un sofá, primeramente con indiferencia y luégo con sorpresa que se convirtió pronto en penosa inquietud, un sobretodo de hombre, un sombrero, un bastón y un par de guantes.

* * *

Un sobretodo, un sombrero, un bastón y unos guantes... Y la criada que se va corriendo asustadísima...

«O me engaño, o no estoy despierto, pensó Andrés. Pero ¿soy tonto? Lisbeth vive sola, así me lo ha dicho... ¡Ah, ya caigo!.. Su hermano, el representante viajero. De seguro ha llegado de improviso... ¡Caramba, qué ideas tan descabelladas!... ¿Acaso Lisbeth habría podido nunca tener relaciones incorrectas? ¡Estoy idiota!...»

No tuvo tiempo para más cavilaciones y preguntas. Llegó Lisbeth. Sorprendióse también, naturalmente. El defectuoso alumbrado la hacía además parecer pálida. Todo a punto para embrollar la situación.

—«He venido quizá en mala hora...»

Intimidado en medio del cuarto, Andrés no acertaba a hablar, repitiéndose por dentro: «no estaba sola». El turbamiento se le pegó a Lisbeth.

—Pasaba frente a su casa y me he tomado la libertad... Vengo tal vez a molestarla...

—¡Cómo! ¡Absolutamente!

—...Me parece ahora recordar que Ud. esperaba este mes a su hermano...

—¡Qué va! Jorge está en Saigón lo menos por tres meses todavía...

«¡Y yo que venía tan decidido a hablarle de matrimonio!... Seguramente hay otro tras las bambalinas...»

Este pensamiento vino a aturdirlo. No hallaba qué hacer ni qué decir. Sentía que Lisbeth estaba ya lejísimos de él, perdida para él... ¡Ah!, los bellos, grandes, sinceros ensueños deshechos!

Después de unos minutos de conversación desco-sida, se despidió.

—Bueno, adiós, ya nos veremos...

Y salió, atolondradamente, sin mirar hacia ningún lado, sin sentir siquiera los rayos que lanzaban dos hermosos ojos, tiernos y asombrados.

Y no volvió jamás.

* * *

Corrió el tiempo. Se casó con una amable y encantadora mujer, Matilde Coltat, que no tenía más que un defecto: el de no ser Lisbeth. El calendario de esa unión sin fiebre fué deshojándose venturosamente. Andrés subió todas las gradas de su carrera. Tuvo hijos, hizo fortuna, ganó honores...

Un pequeño suceso vino una tarde a ondular el plácido estanque de la existencia de aquella familia.

Estaba Andrés en vacaciones y acababa de ins-

talarse en una casa de campo, muy aislada de toda población, cuando recibió un telegrama por el que se le llamaba a París, para negocios.

--No me hace gracia dejarte aquí, le dijo a Matilde. La cocinera es muy vieja y la otra criada es muy miedosa... Por otro lado, tampoco vale la pena volver a París por tres días.

--Pero si yo no temo nada...

--Tú; yo sí temo. Mi imaginación no es tan optimista. Hay tantas cosas que pueden suceder...

Miró ella al techo y al momento exclamó:

--Me ha venido una gran idea. Puedes irte tranquilo. Haré como hacía Lisbeth.

Andrés se estremeció.

--¡Ah, no te imaginas! Escúcha y apláude. Hace años conocí una linda muchacha muy miedosa que se llamaba Lisbeth Meriel. Vivía sola, porque su madre había muerto y su hermano Jorge casi siempre estaba ausente. ¿Sabes qué se le ocurrió? Mantener sobre el sofá de la antesala un sobretodo, un sombrero, un bastón y unos guantes de Jorge, todo como si alguien acabara de ponerlos. «Así, decía Lisbeth, si alguien viene con malas intenciones, me creará protegida.» ...Pero, ¿qué te pasa, Andrés? Te has puesto extraño...

---Nada. Me he quedado pensando en lo que habría sucedido si alguien hubiera llegado con buenas intenciones.

(Trad. e. j. r.)



El Armisticio
Poema campesino en cuatro diálogos
 Por Víctor E. Caro

INTERLOCUTORES:

Una vieja casa de hacienda, en la cual todo es ancho:
 el corredor, las paredes y el corazón.

Una estación de ferrocarril recién construida: verjas
 de hierro, tejas de metal, muros de cemento.

Un melancólico sauce de inclinada cabeza melenuda.

La acción pasa en un lugar de la Sabana, de cuyo
 nombre no quiero olvidarme.

DIALOGO PRIMERO

ESTACIÓN:

Buenas tardes, anciana.

CASA:

Buenas tardes, pequeña.

ESTACIÓN:

Vuestra faz bondadosa, florecida y risueña
 me ha animado a abordaros... El tren de pasajeros
 aun tarda, me hallo libre, y quisiera ofreceros
 con mis pobres servicios mi amistad de vecina.

CASA:

Antes nunca me hablaste ni me trataste asina.
 Meses há que en los predios confiados a mi guarda,
 sin respetar la cerca de encanecida barda
 ni el portalón antiguo ceñido de rosales,
 como señora y ama sentaste tus reales.

ESTACIÓN:

¡Oh, no! De vuestro dueño con el gentil permiso
 se construyó esta vía, y el terreno que piso
 dádiva generosa fue de su celo grande.

CASA:

Inspiración menguada... Dios no se la demande.

ESTACIÓN:

Severa estáis...

CASA:

Obreros de condición extraña,
con armas nunca vistas, perforaron la entraña
y rompieron las carnes de estas campiñas, hechas
a recibir el tierno germen de las cosechas,
no a sufrir opresiones.

ESTACIÓN:

Allí donde mis fieles
hermanas se levantan y se tienden los rieles
cual milagrosos brazos de benéficas hadas,
los pueblos me bendicen.

CASA:

¿Y la peña que horadas,
el huerto que destruyes, el manantial que exprimes,
te cantan alabanzas? ¿Esa tierra que oprimes
soporta sin protestas la trepidante vía
por cuya faz de acero circulan noche y día,
con terror del rebaño y espanto del labriego,
—invención del demonio—tus máquinas de fuego?

ESTACIÓN:

Permitidme que os diga...

CASA:

¿Quién eres? ¿A qué vienes?
Para amargar mis años ¿qué credenciales tienes?
¿Qué has traído a estas tierras?

ESTACIÓN:

Permitidme, señora...

CASA:

..El afán que consume, la inquietud que devora,
los sustos de la muerte...

ESTACIÓN:

Yo he venido a esta tierra
en misión de progreso.

CASA:

¡Tu actitud es de guerra!

ESTACIÓN:

De paz es mi mensaje.

CASA:

Tu voz es de amenaza.
Como un guerrero antiguo ciñes férrea coraza
y obedeces a un jefe de imperativo ceño.

ESTACIÓN:

Si yo obedezco a un jefe, vos acatáis a un dueño,
y entre estas servidumbres de idéntico linaje
¿qué diferencia existe?

CASA:

Matices de lenguaje.
«Mi jefe» es voz ingrata, «mi dueño» es un pequeño
nombre que sabe a mieles, pues quien dice «mi dueño»...

ESTACIÓN:

Perdonadme... Algo brilla... no es posible...

CASA:

¿Qué pasa?

ESTACIÓN:

Un tren... pero no es tiempo, o el péndulo retrasa.
¿Qué hora tenéis?

CASA:

Aun tarda la estrella del Boyero,
mas ya las golondrinas se acogen al alero
y vuelven al aprisco las greyes baladoras...

ESTACIÓN:

¿Consultáis las ovejas para saber las horas?

CASA:

Consulto otro cuadrante más fiel que los rebaños,
que señala las horas, los días y los años.

ESTACIÓN:

Ya hablaremos... No cabe, no cabe error alguno:
un tren... un tren expreso...

(Efectivamente, un tren expreso pasa sin detenerse,
a toda máquina, con estrépito sordo).

La máquina 1001.

CASA:

¡Oh, Dios Santo, qué estruendo!

ESTACIÓN:

Con idéntico espanto
exclamo muchas veces: ¡qué silencio, Dios santo!

CASA:

¡Desdichada!

ESTACIÓN:

Yo paso lentas horas de hastío;
mas de improviso todo se anima en torno mío;
el aire se estremece, trepida el ancho llano,
y allá, por las revueltas del cerezal lejano,
con ímpetu gallardo, sereno en su pujanza,
al viento la melena, el tren avanza, avanza,
y obediente a mis puertas se detiene el coloso
con crujir de cadenas y anhelar fragoroso.

Entre el doble pitazo de atención y salida, yo vivo el más intenso minuto de mi vida. Entonces, ¡ay! estalla sin respetar barrera el dolor del que parte, la angustia del que espera, y hay besos, tiernas súplicas, frases de una dulzura infinita...

CASA:

¿Y con esas escenas de amargura te solazas?

ESTACIÓN:

Oídme. Por mis puertas y andenes, la siempre renovada clientela de los trenes, entra, sale, circula, y se empuja y acosa en ola alborotada, pintoresca y ruidosa! Me anima el movimiento de fardos y equipajes, el tono de las voces, la gracia de los trajes, el pregón incesante de activos mercaderes, y me hechizan los rostros de niños y mujeres que llevan en los ojos visiones de sorpresa y gritos de aventuras en las bocas de fresa... ¡Sobre las inquietudes un sentimiento flota de común entusiasmo, y la doliente nota se pierde en un concierto de triunfo y alegría!

CASA:

Te ciega el optimismo: manchada está tu vía con inocente sangre: há poco en choque fiero, cayó, rotas las piernas, un mísero frenero, y hoy vimos destrozada, no cumplido aún el año, una oveja querida, promesa del rebaño.

ESTACIÓN:

Sin abono de sangre los surcos del Progreso no rinden su cosecha de bienes...

CASA:

¡Ah! Por eso
prefiero los que al paso de la sumisa yunta
abre mi tosco arado con su mellada punta.

ESTACIÓN:

Vuestro largo aislamiento, el medio y la distancia
os mantienen, señora, en dichosa ignorancia.

CASA:

Dentro del noble empleo de la existencia mía,
hay ciertas ignorancias que son sabiduría.

ESTACIÓN:

Os ciega el amor propio, como a mí el optimismo.

CASA:

Ese amor, fruto amargo de orgullo y egoísmo
no prospera a la sombra de mis viejos aleros.
¿Qué sabes de mi vida?

ESTACIÓN:

No he querido ofenderos;
pero habláis de la ciencia con desprecio profundo
porque vivís tan lejos...

CASA:

¿Lejos de qué?

ESTACIÓN:

Del mundo.

CASA:

¡El mundo!... ¿A qué nombrarlo? ¿A qué empañar la augusta
serenidad del campo con esa sombra adusta?
Como un grito en un templo, por hostil y profano,
disuena en mis dominios el recuerdo mundano...
Porque el campo es un templo: el Salvador divino

que nació en unas pajas, entre el buey y el pollino,
que moró en las aldeas, ayunó en el desierto,
predicó en la montaña, sudó sangre en el huerto,
y murió en un madero, coronado de espinas,
divinizó con ello las cosas campesinas.
Jesús amaba el campo y el campo entró en sus bellas,
profundas y sencillas parábolas: en ellas
el Buen Pastor, rasgada la blanca vestidura,
pero la faz radiosa, vuelve una noche oscura
al redil, que lo acoge con amorosa queja,
conduciendo en sus hombros la descarriada oveja.
El Viñador, en ellas, alimenta y protege
al gorrión que no siembra, y al lirio que no teje
le da un rico vestido, y pinta y engalana
hasta a la humilde yerba que hoy es y que mañana
se arroja al fuego... En ellas, con noble movimiento,
el Sembrador arroja la semilla, que el viento
ora lleva a lo largo del polvoso camino,
ya a la desnuda roca, ya al punzador espino,
y a veces al buen surco de tierra blanda y rica,
donde arraiga, revienta, y hecha árbol, multiplica
la gloria de sus flores y el oro de sus frutos.
Pero hay malas semillas... —Oyeme dos minutos
y pesa mis palabras. A las turbas, un día,
refiere San Mateo que el Señor, les decía:
«El reino de los cielos a un hombre es semejante
que el grano da a la tierra con fe perseverante,
mas, cuando todos duermen, en el campo de trigo
esparce la cizaña su mortal enemigo,
y hecho el daño se aleja...»—¿Comprendes?

ESTACIÓN:

No comprendo.

CASA:

Dejemos estas cosas para después. Cayendo van las espesas sombras, la brisa se ha dormido y los ruidos del campo muriendo van sin ruido. ¡Mira! Sus puertas abre la bóveda infinita y se encienden sus luces y el arroyo musita su plegaria nocturna... Nos llama Dios: es hora de rezar... Buenas noches.

ESTACIÓN:

Buenas noches, señora.

DIALOGO SEGUNDO

ESTACIÓN:

Buenas tardes, señora.

CASA:

¿Ya vuelve la tormenta?
Dios te guarde en su mano.

ESTACIÓN:

Hoy parecéis contenta.
Vuestros muros sonríen, brillan vuestras ventanas.

CASA:

El sol ha calentado mis paredes ancianas.

ESTACIÓN:

Hay de un gozo más íntimo en vuestra faz señales.

CASA:

Buenas nuevas registran los campestres anales:
sopla el viento hacia arriba y ha cambiado la luna;
ayer perdí una oveja, mas hoy, por mi fortuna,
un nuevo ternero mi senectud alegra:
blanco, fino, sedoso, con una mancha negra

en medio de los ojos, es el vivo retrato
de su madre, y su madre es la joya del ható.
Nació cuando sonaba el cuerno del ordeño.

ESTACIÓN:

¿Y ya sentís cariño por ese sér pequeño?

CASA:

Lo que tengo de madre por él temblando vela,
y sueña con sus gracias lo que tengo de abuela.

ESTACIÓN:

¿Sois muy vieja?

CASA:

Mis muros anchos son y la carga
llevan alegremente de una existencia larga.

ESTACIÓN:

Frescos recuerdos debe guardar vuestra memoria
de tiempos ya olvidados... Contadme vuestra historia.

CASA:

¿Tienen acaso historia las fuentes y las aves?
Hija soy de estos campos silenciosos y graves,
y he vivido cien años con la vista en los cielos,
bendiciendo las lluvias y temiendo los hielos.

ESTACIÓN:

¿Y no os roe el gusano de un hastío profundo?

CASA:

¿No ves que soy el centro de un gran pequeño mundo?
El sol, mi viejo amigo, cuyo nombre en mi boca
escucharás mil veces, con su pincel retoca,
madura y embellece mis fértiles trigales,
y el cantarín arroyo de trémulos cristales
que baja haciendo bombas de las vecinas cumbres,

riqueza da a mis pastos y jugo a mis legumbres.
Las campesinas flores me envían sus aromas;
cubren mis amplias alas arcadias de palomas
y mis sonoros huecos repúblicas de abejas;
sus cuarteles de invierno tienen bajo mis tejas
de errantes golondrinas las cariñosas tropas,
y asombran mi cercado con sus enormes copas
—hamaca de los vientos y nido de los nidos—
árboles rumorosos de troncos retorcidos.

Señora de estos campos y centro de la hacienda,
soy pesebre, granero, colmenar y vivienda.
A mi amparo conviven semillas y aparejos;
no está el rumiante establo de la cocina lejos,
ni de la quieta alcoba los bíblicos corrales,
y duermen los patronos cerca a los animales.

Las llaves de mis puertas por hidalga costumbre
en inacción descansan, tomadas de la herrumbre;
bien me guarda una aldaba, como una talanquera
—pasador primitivo— guarda la hacienda entera.
Mis ladrillos gastados por pisadas amigas
son letras de una historia... Bajo mis recias vigas
hay plácidos recintos, sitios al sol expuestos
y del viento guardados, esquivos y repuestos
asilos de penumbra, donde a soñar invitan
retratos que sonrían y muebles que meditan.
En un siglo no he visto muchos cambios: repuesto
fue el huerto de duraznos; y el nieto ocupa el puesto
del abuelo en la caza, en la trilla y la mesa,
y si éste levantara la losa de su huesa,
oiría repetirse las familiares preces
y campesinas pláticas que encabezó mil veces.
Los cantos y la rueca de la abuela han pasado...

VOCES AFUERA:

¡Quite esos animales! ¡Hola! Que se haga a un lado...
¿No ve que es prohibido transitar por la vía?

ESTACIÓN:

Decíais que la abuela...

CASA:

No sé lo que decía. (Un silencio).

ESTACIÓN:

Pensaba yo, señora, mientras gozaba oyendo lo que sois y habéis sido, aunque mal lo comprendo, cuán otro es el idioma que hablan vuestras hermanas.

CASA:

¿A qué hermanas aludes?

ESTACIÓN:

A las casas urbanas.

CASA:

¿Qué pueden saber de este vivir sereno y alto esas locas que llevan los tacones de asfalto, de metal el corpiño, de cemento la cara?
 Hijas de la codicia, un abismo separa sus vidas de mi vida, sus muros de estos muros que son el fruto vivo de los amores puros de una campiña virgen y un corazón hidalgo!
 ¿Hay algo más estéril que la existencia, hay algo más triste que el destino de estas tristes viviendas sin alma, sin recuerdos, sin nombre y sin leyendas, ciegas de nacimiento, que del cielo redondo sólo ven un rectángulo estrecho en cuyo fondo no se pinta una sola constelación entera, y del sol nuestro padre, que sobre esta pradera derrama en chorros de oro su lumbre generosa, sólo una franja blanca sobre una verde losa?

ESTACIÓN:

Sois con vuestras hermanas sobrado injusta y dura. Ni horror todo es en ellas ni aquí todo ventura.

También—y no me pesa—llevo yo de cemento la cara, los tacones...

CASA:

Escúchame un momento:
tu origen es distinto, y tus muchos pecados por tu amor a estos riscos te serán perdonados...
...Ya mi dueño y hermano, seguido de su perro, vuelve en la yegua sarda por la falda del cerro.

ESTACIÓN:

¿Vuestro hermano, habéis dicho? No os entiendo. Ese nombre les negáis a otras casas y se lo dais a un hombre?

CASA:

Se lo doy a mi dueño, cuya existencia se halla enlazada a la mía por apretada malla.

ESTACIÓN:

Me parece, señora, que perdéis la cabeza.

CASA:

Nos adornan virtudes de igual naturaleza,
y en la fe, la esperanza y el amor nos unimos de esta tierra bendita donde al mundo vinimos.

ESTACIÓN:

Y yo ¿quién soy? ¿Qué raro parentesco nos liga?
¿Puedo llamaros madre, dueña, hermana o amiga?
¿O como extrañas hemos de vivir siempre juntas?

CASA:

Si me amaras de veras holgaran tus preguntas.
Cual las humildes chozas de esta aislada campiña respétame por vieja y llámame la Niña.

DIALOGO TERCERO

ESTACIÓN:

Tenga la Casa Niña buen día.

CASA:

Ese «buen día»
es frase en otras lenguas de mera cortesía,
por lo cual le ha agregado la nuestra castellana
una letra que la hace más cordial y cristiana.
Al decir «buenas tardes», «buenos y santos días»,
se forma una corriente de mutuas simpatías,
y pasa por el hilo de la s silbosa
el alma de una raza siempre caballerosa.
Conque, muy buenas tardes.

ESTACIÓN:

Quisiera consultaros
sobre éste y otros puntos tan nuevos como raros.

CASA:

Bajo el sol nada hay nuevo, mas sucede que a veces
por novedad se toman olvidadas vejeces.
¿No me llaman la Niña? Las fuentes en que bebo
son frescas por ocultas: bajo el sol nada hay nuevo.

ESTACIÓN:

Hoy por mi buena suerte nos sobra el tiempo.

CASA:

Es cierto:
aun mantienen los rasos su camarín abierto.

ESTACIÓN:

Y aspiro a someteros, ante el bello paisaje...

CASA:

¿Bello has dicho? Progresas.

ESTACIÓN:

...a un como reportaje.

CASA:

No entran en mis costumbres esas cosas que antaño llevaban otro nombre. Mas si por arte extraño te fuera dado un día cruzar este colgante sendero, que de puente presume petulante, y entrarte como amiga por mis predios y huertas; si oyendo por tus muros y hablando por tus puertas, miraras por el limpio cristal de tus ventanas las alegres del campo faenas cotidianas, ¡qué cuadros tan jugosos, qué crónicas harías! ¡Qué relatos te hicieran de luengas correrías y peregrinos viajes las aves migratorias; cómo te deleitara narrando sus memorias el vigilante Perro, y cómo de tu ingrato deber y áspero oficio te distrajera un rato el verbo de los rudos gañanes que aquí paran y hablan como hablarían estas piedras... si hablaran! Ya es hora de que vengan.

ESTACIÓN:

¿Cómo sabéis que es hora?
reina un hondo silencio y hay quietud bienhechora,
y parece que duermen los astros y las aves:
¿cómo sabéis las horas?

CASA:

¿Y tú cómo las sabes?

ESTACIÓN:

Ignoráis que las reza mi péndu...

CASA:

No lo nombres.
Conozco ese ingenioso juguete de los hombres,

que un leve roce de alas o un grano de basura detiene, desnivela, retarda o apresura.

ESTACIÓN:

Mi péndulo, del tiempo regulador exacto,
une a las perfecciones de un precioso artefacto
algo de la consciencia de un organismo vivo.
El metódico horario y el minuterero activo
con el breve instantáneo, que de veloz blasona,
van con las finas puntas de su triple tizona
marcando los momentos con precisión extrema.

CASA:

Y señalan lo mismo, con idéntica flema,
las horas luminosas del varonil empeño
que las dulces y pálidas del ocio y del ensueño.

ESTACIÓN:

Y vos que sin escrúpulos os burláis de la ciencia,
¿cómo sabéis las horas?

CASA:

Yo no las sé...

ESTACIÓN:

¡Paciencia!

¿Tal vez es un secreto?

CASA:

Yo no las sé, las siento;
las palpo, no las mido; las vivo, no las cuento.
Tú la existencia ajustas a una abstracta medida,
yo del tiempo a las ondas acompaso mi vida,
y cuando el gallo canta y el celaje se dora,
tomo por manecillas los rayos de la aurora
y el instante primero que marca mi cuadrante
es ese luminoso y musical instante.

ESTACIÓN:

Ese instante, señora, se desplaza y varía.

CASA:

No es tu lindo juguete sino el astro del día
quien discrepa!

(Dirigiéndose al sol):

Ya lo oyes, pobre artista errabundo,
desnivelado péndulo del cielo, por el mundo
con desprecio te miran: ¡hay mejores relojes!

ESTACIÓN:

No me habéis comprendido y os burláis.

CASA:

No te enojés.

ESTACIÓN:

Vuestro tiempo y el mío son hartó diferentes.

CASA:

Porque yo no lo mido, porque tú no lo sientes.
Tú ordenas por edades las horas, pero ignoras
el hondo y vario y rico sentido de esas horas
cuya cambiante imagen, con peregrinas tramas,
en los azules días como en las noches bellas
van con tapiz de sombra dibujando las ramas
y con hilos de lumbre tejiendo las estrellas.
Yo consulto los signos del divino cuadrante,
tú el círculo trazado por hábil fabricante,
y lo que es en el mío misterio soberano
es en el tuyo letra de un número romano.
Cuando al hogar regresan modulando felices
tonadas los pastores... una cifra tú dices
que nada dice, y cuando, rasgando las neblinas,
en los prados del aire juegan las golondrinas,
una cifra tú dices, y cuando el sol, que baña

en su gama de púrpuras el cielo y la montaña,
 baja al ocaso envuelto con manto de esplendores,
 cantado por las aves, llorado por las flores,
 tú dices una cifra... una cifra, y no sabes
 que han llorado las flores y han cantado las aves.
 Mísero tiempo el tuyo.

ESTACIÓN:

¡Extraño tiempo el vuestro!

CASA:

Hubo en mi «tiempo» un día, un minuto siniestro,
 en que a la par lloraron el hato y el aprisco,
 el arroyo y el huerto, la hondonada y el risco,
 porque al vibrar de pronto tus hórridos pitazos
 quedó, cual vaso frágil, partida en mil pedazos
 la paz, la paz inmensa de la familia mía!

ESTACIÓN:

Ese cargo es injusto.

CASA:

Causa de mi agonía,
 ése fue tu pecado, ésa fue la cizaña
 que sembró el enemigo.

ESTACIÓN:

No es cierto. Vuestra extraña
 inculpación rechazo. Quiero hablar, defenderme...

CASA:

No grites, hábla paso: naturaleza duerme
 y es hora de silencios, no de duros reproches.
 Buena noche.

ESTACIÓN (serenándose):

Señora, buenas y santas noches!

DIALOGO CUARTO Y ULTIMO

ESTACIÓN:

Dios os guarde y a daros me ayude, sin demora,
 la explicación debida. Fue mi irrupción, señora,
 la del ciego torrente que si arrasa, fecunda,
 fertiliza y remoja las comarcas que inunda.
 Bien sé el lívido espanto con que escuchó esta sierra
 el grito de mis máquinas, como clarín de guerra,
 cuya voz se trasmiten las lomas a las lomas;
 hubo en el cielo blancos temblores de palomas
 y correr en las cuevas de enloquecidos brutos,
 mas bajaron las aguas a su nivel, y en frutos
 de bendición pagada fue la deuda de angustias.
 Volvieron los colores a las praderas mustias,
 y vuestras mismas vacas, cuyas repletas ubres
 benefician lejanas ciudades insalubres,
 en la paz venturosa de la feraz querencia
 ven hoy rodar los trenes con mansa indiferencia.

CASA:

Mas tu paso, minando las rústicas virtudes,
 despertó de repente dormidas inquietudes.
 Rota fue por tu culpa la raíz del apego
 milenario al terruño, y ya mira el labriego
 sin amor la herramienta que Dios puso en sus manos.

ESTACIÓN:

Risueñas perspectivas los senderos humanos
 abren al hombre libre...

CASA:

Pero no al campesino
 que, labrando los agros por precepto divino,
 a los fines eternos dócilmente conspira.

ESTACIÓN:

¿Quién a ver otros campos y otros cielos no aspira?
¿A quién la vaga o limpia, luminosa u oscura
raya del horizonte no tienta a la aventura?

CASA:

En la tierra la clave de todo bien se encierra,
y quien mira más lejos es quien mira a la tierra.
¡No, No! Contra la madre nunca hay razón.

ESTACIÓN:

Muy ruda
es la labor del hombre que trabaja y que suda
como el buey y el jumento, y en quien muere ignorado
talvez un bello espíritu, un poeta, un soldado...

CASA:

Déjalo que sin nombre y oscuro se consuma,
que—la hoz por alfanje y el arado por pluma—
siegue cándidos cuellos de vírgenes espigas
y escriba en rectos surcos baladas y cantigas.
Déja que el campesino, cuya labor callada
se hace en la lira cantos y victoria en la espada,
sin necias ambiciones, siguiendo a pasos lentos
los de la tarda yunta, cumpla los mandamientos
de la ley de la tierra.

ESTACIÓN:

Con métodos mejores,
de avanzados países vendrán los sembradores
a escribir sus poemas...

CASA:

Y a sembrar la semilla
del dolor en el alma de la gente sencilla.

ESTACIÓN:

Dondequiera ve sombras vuestro injusto recelo.
Hasta el sol tiene manchas, y a veces hasta el cielo,

sordo a humanos clamores, es hostil al terruño.
Yo he visto a vuestro dueño mostrarle airado el puño.

CASA:

Al cielo que se escribe con una c pequeña,
no al que es meta del alma y esperanza risueña.

ESTACIÓN:

¡Ah! Si abrierais los ojos sin afán de litigio
para ver el portento y admirar el prodigio!
El tren que une los pueblos cual cuentas de rosario,
en sus hilos ensarta vuestro edén solitario,
y poniendo en contacto la llanura y la cima,
a las selvas a un tiempo y a la costa os arrima.
Los perfumados granos de los bajos plantíos,
las frutas de otras zonas, los peces de otros ríos,
lucen ya en vuestra mesa, como en otros manteles
la miel de vuestras flores que es la flor de las mieles.

CASA:

Eres hábil dialéctica: néctar de mis panales
das a tus sinrazones para endulzar mis males.

ESTACIÓN:

Si concedido os fuera tomar el tren, el viaje
que es para los sentidos embriaguez de paisaje,
y embriaguez para el alma de intensas emociones,
razón cumplidamente diera a mis sinrazones.
Viajar en tren, oh Niña, es dejar sin movernos
por los claros estíos los brumosos inviernos;
es volar locamente tras la locomotora
que salva los abismos, la a ta peña perfora,
se desliza por huertos de frutales, bordea
el espumoso río, rasa una blanca aldea,
y con su cola inmensa de coches y vagones,
como un rey con su séquito, entra en las estaciones.

Viajar en tren, señora, es esto sin ser esto,
 porque el viajero inmóvil ve que en torno a su puesto,
 —aldeas, riscos, prados, boscajes y torrentes—
 todas las cosas giran en planos diferentes;
 y ve que el valle sube, se allana la colina,
 se detienen las aguas, el camino camina,
 y al encuentro le salen con los brazos abiertos
 los árboles que cantan en los soñados huertos.

CASA:

¡Detente!.. ¡Todo baila! ¡Qué horrible pesadilla!
 Hasta los mismos árboles... ¡Cierra esa ventanilla!
 Haz que pare esa máquina, que la aventura cese,
 y el viajero a su nido y a su centro regrese.
 Ya lo dijo el poeta: «La dicha no responde
 a la inquietud del alma.» Feliz el que se esconde,
 y al cariñoso amparo de su repuesto valle,
 entre muchos caminos toma siempre una calle
 y entre mil resplandores busca sólo una llama.

ESTACIÓN:

Si el viajero consigo lleva cuanto más ama,
 de la humana ventura la medida se llena
 y se dobla el encanto.

CASA:

Y se dobla la pena
 de la vieja casona que ausentarse le vido
 y que llora su ausencia porque teme su olvido.
 ¿Tú no sabes que hay casas que de olvido se mueren?
 De los tres enemigos que en la sombra nos hieren,
 más que al temblor de tierra, más que al fuego le temo
 al desamor del hombre, que es el martirio extremo.
 ¿Pero entiendes las quejas con que así te importuno,
 tú, la casa de todos y el hogar de ninguno?
 ¿Tú que al venir la noche, sin un leño que irradie,
 en tu *sala de espera* nunca esperas a nadie?

ESTACIÓN:

No es posible entendernos.

EL SAUCE (para sí):

Porque no hay quien encauce sus razones dispersas.

CASA:

¿Qué dices, caro Sauce?

SAUCE:

Dos casas, moza y vieja, que a la sombra platican de unos troncos amigos, sin cesar se replican: «No es posible entendernos», y se entienden las gentes de razas y costumbres y lenguas diferentes.

ESTACIÓN:

Todo al par nos separa.

SAUCE:

Me parece, al contrario, que todo al par os junta.

CASA:

¡Eterno visionario!

SAUCE:

Oídme dos palabras y el rumor de un consejo que he de daros como árbol de experiencia y ya viejo.

CASA:

En buena hora.

SAUCE:

Escuchadme. (Dirigiéndose a la Casa):
Vos con la fe divina guardáis la antigua y sabia tradición campesina...

CASA:

Es cierto.

SAUCE:

Y de esta tierra que habéis amado tanto sois como la consciencia formada en cal y canto.

(Dirigiéndose a la Estación):

tú eres linda emisaria y al par gentil vocero de aliados poderosos—el Vapor y el Acero— que arrastran por el mundo palacios ambulantes cargados de tesoros, como aquel Genio de antes que traía y llevaba la mansión de Aladino. Vuestras sendas lejanas, por azar peregrino, en un punto se tocan del espacio, y por eso os halláis frente a frente, Tradición y Progreso, en la paz de esta tierra donde crece la oliva. ¡Acatad llanamente los designios de arriba, sin juzgar sus razones ni indagar sus misterios! Afirmad vuestra alianza, como entre dos imperios, y seréis—¿quién lo duda?—por virtud de este pacto como aquellas encinas del sacro bosque intacto, que el jugo de la tierra con sus raíces beben y con sus altos ramos al huracán se atreven.

CASA:

Pobre amigo, deliras. ¿No ves que te degüellas con tu propio cuchillo? Las encinas aquéllas, soberanas del bosque, fueron hechas esclavas por mandato despótico del progreso que alabas, y los ramos magníficos que el huracán batía llevan hoy sobre el cuello la trepidante vía por cuya faz circulan esos palacios y esas...

(Un pitazo lejano quiebra la voz de la Casa.)

¡El tren!

ESTACIÓN:

El tren de carga.

SAUCE:

¿Qué conduce?

ESTACIÓN:

Traviesas.

CASA:

¿Lo oyes?

SAUCE (palideciendo):

¡Dios mío!

CASA:

Vuelve con tus cantos sencillos
a mecer blandamente cunas de pajarillos,
mientras te llega el turno...

SAUCE:

Más allá de la muerte,
despojado de galas, yo he soñado en ser fuerte
y ancha puerta de golpe, viga de humoso techo,
canao en el establo, cercado en el barbecho,
y acaso cruz bendita sobre la pobre huesa
de humilde campesino... todo, menos traviesa.

ESTACIÓN:

Tranquilízate, amigo. Tras una vida larga,
como puerta de golpe guardarás un potrero:
las que al duro suplicio conduce el tren de carga
no se hacen de tu palo: son traviesas de acero.

CASA:

¿Es verdad?

SAUCE (recobrando los colores):

¿Pero es cierto?

ESTACIÓN:

¿No basta que os lo afirme?

SAUCE:

¿Cómo nueva tan grata no ha venido a decirme?
algún gárrulo pico de avecilla indiscreta?

ESTACIÓN:

Llega el tren... Me despido. (Al Sauce): Dios te guarde, Poeta!
(A la Casa):

Tradición, ¡feliz noche!... Me reclama el oficio...

CASA:

Pluraliza, Progreso.

SAUCE (observando las fisonomías):

¡Se firmó el armisticio!

El Mochuelo, 1930.

(De la hermosa revista *Senderos*, de Bogotá.)

De los títulos académicos o profesionales

Desde hace muchos años me parece que si no se confirieran títulos de ninguna clase en los institutos de enseñanza superior, no irían a ellos más que quienes desearan aprovecharse de los institutos para adquirir conocimientos; y como los estudiantes no tendrían obligación de asistir a las lecciones de ningún profesor, no podría desempeñar este cargo quien no fuera capaz, por lo menos, de hacerse escuchar con atención.

Es claro que en ese caso, no tendría nadie que dedicarse a aprender de memoria las nociones expuestas en un libro de texto o quizás en un simple cuaderno de apuntes, para tratar luégo en el acto de un *examen*, de repetir lo así aprendido.

Creo sinceramente que se pierde de vista el fin esencial del estudio de una ciencia o de un arte, desde que lo que se tiene en mira es dar y obtener en el más breve plazo posible un título para ejercer una profesión.

El empequeñecimiento y la frivolidad de la enseñanza y de los estudios son consecuencia natural e inevitable del sistema de otorgar títulos que llevan anexos privilegios o prerrogativas. Todo acaba por reducirse a cumplir con los requisitos establecidos según un plan, concebido con acierto o sin él, con tal o cual tendencia.

¡Pobre satisfacción la que sienten muchos al recibir el ansiado diploma, cual si éste no implicara sino una mera presunción, la de haberse ejecutado bien lo que para expedirlo se requiere! Hay quienes puerilmente se consideran en posesión de un caudal de conocimientos que les bastarán por el resto de su vida y dan por terminada para siempre su época de estudio.

Para empeorar las cosas, en la adquisición de títulos académicos o profesionales no en todo caso se procede correctamente. Sabido es que en todas partes se ha podido recurrir a otros medios para alcanzarlos; sean por ejemplo: el favoritismo, la influencia, las complacencias, la compra misma, etc.

No exigir título ninguno para el ejercicio de ninguna profesión, sería probablemente el remedio de los males indicados provenientes del actual sistema, defendido por el egoísmo recalcitrante.

Es razonable requerir idoneidad para ejercer una profesión u oficio en que se corra el riesgo de causar a otro daño grave; pero de eso no se deduce que haya de ser precisamente un diploma la prueba de la idoneidad. La sabiduría, práctica y habilidad en una ciencia o arte, que es en lo que consiste la verdadera pericia, se prueban con hechos, no con diplomas—que pueden estar más o menos acreditados o hallarse desacreditados por completo, y cuyo valor es en sí relativamente insignificante.

Lo que conviene a todos es la libertad de trabajar y que, llegado el caso, se haga de veras efectiva la responsabilidad de cada cual por el daño que ocasione intencionadamente, por negligencia inexcusable, o por imprudencia. La carencia de la aptitud indispensable constituiría por sí sola imprudencia digna de castigo, cuando se tratara de juzgar acerca del daño causado con el ejercicio de una profesión u oficio.

Y ya que he hablado de responsabilidad criminal y civil por esa clase de daños, es la oportunidad de observar que son los que provistos de diploma ejercen una profesión quienes con más facilidad pueden eludir dicha responsabilidad, pues cuentan con el favor del espíritu de corporación.

Alfonso Jiménez

20 de marzo de 1935.

Del "Diario de Costa Rica"

16 de marzo

La autoridad internacional no es nada sin la fuerza internacional. Esta es la verdad que se ha estado cantando en todo el mundo, durante los últimos meses, con ocasión del plebiscito del Sarre. Por primera vez en su vida fue efectiva la intervención de la Sociedad de las Naciones, por primera vez conyugada, en el Sarre, por soldados, bayonetas y proyectiles.

Durante los mismos meses hemos estado oyendo en Costa Rica precisamente lo contrario. Con la mayor frescura se nos ha hablado de los laudos internacionales como si fueran comparables a las senten-

cias de los jueces ordinarios, que disponen de *fuerza* para hacer cumplir sus decisiones. Hoy por hoy, para arreglar sus litigios en buena forma, los pueblos tienen que recurrir a los convenios o tratados, sea para nombrar árbitros o sea para resolver definitivamente la cuestión. Para esto último, el más juicioso ha de disponerse a ceder.

La historia de los laudos internacionales es conocida de todos. Con dolor hemos aprendido los costarricenses la nuestra.

* * *

Tiene razón Papini cuando afirma que los niños gobiernan el mundo. Estamos en plena paidocracia. Los que no sean niños han de armarse de paciencia. No hay que ponerse a contestar discursos de chiquillos. Que hablen de libre cambio o de cambio libre dentro de un régimen sin libertad. Que truenen contra un liberalismo económico que no han probado ellos ni sus padres, puesto que la infección socialista que está llegando a su extremo natural, comenzó hace unos cincuenta y cinco años. ¡Que sigan los niños creyéndose preludio de lo que se les antoje! No les quitemos el gusto recordándoles que nada se parece tanto a una aurora como un crepúsculo.

* * *

Si usted conoce su enfermedad, tiene ganado lo más importante en contra de ella. Si usted conoce sus defectos morales, esté seguro de que su imperfección está a punto de ser vencida. No es que ese conocimiento baste para que la enfermedad o la imperfección desaparezcan; es que éstas se vuelven menos perjudiciales.

Si usted conoce su ignorancia acerca de un asunto

determinado, no se convierte por ello en un entendido, pero está ya en camino de la sapiencia.

Esto lo digo pensando en don Ricardo Jiménez, Presidente de la República de todos los trabajadores, inclusive los comerciantes. Ahí tenemos a un juriconsulto ilustre condenado a estar fuera de razón y regla cuando se trata de comercio. Se le caen entonces las alas y se hace vulgar y mezquino; tanto, que parece insincero o mal intencionado. ¡Qué fortuna la de Costa Rica si este hombre hubiera vivido algún tiempo en alguna trastienda! Si sus tres administraciones y su larga influencia en las cosas públicas no han sido enteramente nefastas para los comerciantes, es porque en el país casi todos los grandes comerciantes son a la vez agricultores o socios directos de agricultores y el señor Presidente es agricultor. Recibe él, como todos los ciudadanos, el beneficio del movimiento económico y cultural que el comercio crea o sostiene, pero a sus ojos de caudillo político carecemos de importancia los que vivimos exclusivamente del comercio. Nos ignora, ignora nuestras actividades e ignora su ignorancia. En tratándose de comercio, es indudablemente un hombre sin trastienda, esto es, sin cautela advertida y reflexiva en el modo de proceder o en el gobierno de las cosas, según dice la Academia Española.

e. j. r.



De "La Tribuna"

17 de marzo

—Vamos ahora a otro punto. Quiero referirme a las frases de don Elías Jiménez Rojas. Debo anteponer que uno de los costarricenses por los cuales siento más respeto y admiración, es don Elías. Siempre que escribe lo leo con atención y con gusto; cuando está en contra de mis ideas y de mis procedimientos, lo deploro sinceramente; cuando está conmigo me siento halagado. Y me duele por esto tener que ponerme frente a él: esto lo digo, no de los dientes para afuera, como otros dicen cuando van a atacar porque realmente quieren atacar, sino de un modo franco y leal. El sabe bien que así son las cosas. La prueba de ello es que, cuando fui electo por primera vez presidente de la República, antes que a ninguna otra persona fue a él a quien le ofrecí un ministerio; el de Instrucción Pública entonces. Le hice una visita; me acompañó don Manuel Coto. Don Elías rehusó la cartera. Don Elías, un individualista de toda la vida, por estas mismas razones del individualismo, no quiso ser secretario de Estado entonces; recuerdo que me decía en esa ocasión que el Estado no debía meterse en la educación de las gentes. Y me daba sus razones de individualista para ello.

Yo me sentía cautivado por las ideas de don Elías que me ponía de ejemplo a Inglaterra: en Inglaterra durante muchos años la enseñanza era preocupación de los padres de familia, no del Estado. Y yo pensaba en aquel siglo, cuando proclamaba sus ideas Herbert Spencer; y me decía, que realmente el ejemplo inglés tenía mucho de subyugante; con la universidad libre, con la escuela privada, Inglaterra había dado una floración de hombres ilustres; a mi mente

venían los nombres de Newton, Harvey, Herschell, Faraday, Tindall, Kelvin, Huxley, Darwin y otros más. El Estado no había hecho nada para hacerlos. A pesar de todo, salí de donde el señor Jiménez diciendo: sí... pero nó. En Costa Rica no podía hacerse lo de Inglaterra. Y, lo recuerdo con toda claridad, don Elías me dijo: todas las mañanas, a las seis, el pan llega a las puertas de cada casa en San José; en eso no se mete el Estado dando leyes u organizando el servicio. Las gentes tampoco tienen por qué preocuparse porque saben que el pan llega. Así debe ser la educación: que llegue cada mañana al hogar para los estudiantes; los padres la pagan y la piden como quieren, sin que el Estado tenga en ello que ver nada. Y ahora, al verlo abogando por que el Estado imponga a la fuerza el tipo de cambio, me quedo sorprendido. No se aviene esta postura de don Elías con sus ideas spencerianas, con su individualismo.

Fragmento de un reportaje del
Sr. Presidente de la República.

De “La Prensa Libre”

Tarde del 17 de marzo

Estamos ante don Elías Jiménez, y sin mayores preámbulos, le disparamos la pregunta que sigue:

¿Leyó el reportaje de don Ricardo Jiménez que publicó en su edición de ayer nuestro estimado colega *La Tribuna*?

—¡Por supuesto!

—¿Y qué le pareció?

—Que era un Domingo de Ramos para mí.

—Pero ¿qué nos dice?

—A ustedes, nada; a don Ricardo, *Gracias*. Así, con una palabra sola, pero muy meditada y muy sincera. Me apesara únicamente que don Ricardo haya creído que esté yo ahorcando en la vejez mis hábitos de liberal. Me pregunto cuál de mis palabras ha sido la palabra falaz. ¿Por qué dice que pido la intervención del Estado en la regulación del cambio? Francamente, pienso que se trata de una confusión de que tengo quizá la culpa, pero de la cual no necesito defenderme.

—¿Y la reminiscencia relativa al ofrecimiento del Ministerio de Instrucción Pública?

—¡Preciosa! Demuestra bien la indulgencia del señor Presidente. Ojalá esté él convencido de que mis censuras, a menudo desabridas, no implican animadversión personal. Vaya aquí un recuerdo. Es un secreto que puedo descubrirle a estas horas sin inconveniente. Le va a sorprender a don Ricardo y tal vez le va a agradar. El joven profesor enemigo del Estado docente a quien él ofreció el Ministerio de Instrucción, estaba en cama el día de las elecciones presidenciales, agotado por una fiebre tifoidea; pero se levantó, pidió un coche y fué a votar por don Ricardo Jiménez, el ex-rector de la Universidad de Santo Tomás que ayudó a clausurarla, por falta de fe en la iniciativa privada de los costarricenses.

Afortunadamente no se había ideado en aquel tiempo el agrupar las mesas electorales en los altos estrechos de un solo edificio. La sala era esquinera y daba a la calle. El voto se expresaba en voz alta. El lector que me conozca se imaginará mi figura y mi amarillez, resaltada por una barba tupida y negra, adivinará el sobrecogimiento de los funcionarios que me vieron bajar del coche entre brazos y el de los guasones *civilistas*—partidarios de don Rafael Igle-

sias—que formaban corrillo frente a la puerta. Al volver yo hacia el coche, dicen que uno exclamó: *Si todos los muertos van a venir a votar, estamos jodidos.*

En las elecciones políticas,—conviene también que lo diga—, dejo de lado mis ideales sistemáticos, posiblemente erróneos, y voto por el candidato que juzgo más inteligente. Sé bien que el más inteligente es a la par el más activo y más honrado.

Del “Diario de Costa Rica”

de 19 de marzo

Como nos lo había prometido, a nuestra solicitud, don Elías Jiménez Rojas nos hizo ayer, en respuesta al señor Presidente de la República, las declaraciones que transcribimos:

—Por distintos caminos venimos, desde hace muchos años, don Ricardo Jiménez y yo, unidos por lazos de recíproca estima y de respetuosa simpatía que va de mí hacia él, pero distanciados por obra de muchos factores, a tal punto que pudo don Ricardo escribir en mayo de 1922 que «entre él y yo, casi no hay otra cosa de común sino el apellido».

Lo cierto es que frecuentemente no hemos logrado entendernos. Para muestra, mis palabras del sábado y su honrosa respuesta del domingo. ¿Acaso estoy yo abogando por que el Estado imponga a la fuerza el tipo de cambio? Lo que he querido censurar es la actitud despectiva u hostil del señor Presidente para con los comerciantes y el desconocimiento del papel que hacemos en la economía

nacional, dando a esta expresión su sentido más lato. Con las mercaderías circula la civilización. Y el reproche de explotadores abusivos no es a los comerciantes a quienes puede dirigírseles en Costa Rica.

La repugnancia que don Ricardo sienta como particular hacia tal o cual profesión, nadie tiene derecho a cobrársela. Lo que se le pide es que, al actuar como Presidente, no trasluzca en ningún modo esa aversión.

En materia de cambios, esto no lo ignora don Ricardo, lo que yo quiero—yo, desligado de otros—es la libertad completa; no la libertad de carrera que se le da a un león *dentro de una jaula*: la libertad de estrellarse contra las rejas. Suprimánsese todas las trabas con que se ha maniatado al comerciante; permítasele la libre contratación efectiva: que importe, que exporte, que pague, que reciba sin la mediación absurda de organismos absurdos; asegúresele después la estabilidad de este régimen y se le verá entonces, si es inteligente y previsor, afrontar la tempestad del momento, sin que los consumidores ni el fisco hayan de sufrir grandemente el contragolpe de sus congongas. Lo propio de un régimen económico verdaderamente liberal es la rapidez con que se mejoran las situaciones. Todo mal, de cualquier orden que sea, lleva en sí mismo su propio germen de muerte. Que no se interponga el Estado y desaparece pronto lo que ha de desaparecer. Todos los negocios, todas las empresas tienen sus contratiempos y sus malos ratos. Que no intervenga el Estado, y la duración de estos ratos es menor y el mal que era por naturaleza circunscrito o parcial no se generaliza o extiende a todas las formas de actividad.

La regla de oro es no intervenir; pero si se interviene, que sea equitativamente; que les llueva a to-

dos por parejo, sin incurrir en erróneas distinciones. Tanto trabajo yo en mi trastienda como el labrador en el surco. Y en cuanto a producción, toda la naturaleza produce, inclusive estos ambulantes pedacitos de naturaleza que somos los hombres. No producimos igualmente, como no producen igualmente todos los terrenos; pero no es el género de ocupación lo que nos convierte en grandes productores. Lo es el talento dinámico, aplíquese a lo que se quiera—ciencias, bellas artes, letras—y en el campo que se quiera—gabinetes, laboratorios, talleres, minas o mares.

Volviendo a mi caso particular, recuérdese la respuesta que dí en octubre de 1933 al repórter de *La Tribuna* que me preguntaba por qué no aparecía mi firma en el memorial que los comerciantes acababan de presentarle al señor Presidente:

—«No puedo apoyar una solicitud que se encamina a pedir una intromisión del Estado en asuntos particulares. Tampoco puedo inclinarme del lado de nuestros adversarios habituales, que se muestran liberales a medias en el asunto de cambios, sólo por obedecer al evidente oportunismo que es para ellos la suprema ley. Como piden hoy la libertad, reclamarán mañana la sujeción.»

De "La Prensa Libre"

23 de marzo

Hemos tenido el placer de visitar a don Elías Jiménez. En el rincón de su oficina no hay escritorios. Don Elías escribe sobre cualquier mesa, sobre cualquier lugar de cualquier mueble. Usa apenas un lápiz y nada más. Y no son muy abundantes los muebles

y el lápiz es apenas un cabito, como dicen los muchachos de escuela. Sin embargo así escribe don Elías. Y así le salen de la cabeza todas estas consideraciones que han de ser parte de sus *Apuntes*.

* * *

Lo que forma un sistema, se ha de tomar o rechazar en bloque. En este caso las transacciones no tienen sentido.

Cuando se hacen las cosas a medias, lo que se logra generalmente es desacreditar los principios. No le hacen favor a úno si le aceptan un plan fragmentariamente o dentro de tales o cuales límites arbitrarios; al contrario, le hacen entonces el mayor daño imaginable.

* * *

El nuevo generalísimo del ejército francés, el general Gamelin, ha dicho una verdad de las que hay que tener siempre presentes: *las cosas no van nunca tan bien como úno las desea, ni tan mal como úno las teme.*

* * *

Del editorial de *Le Matin* del 5 de enero, tomo las siguientes líneas:

«El Estado debe ser el tutor de la iniciativa privada y no sustituirse a ella. Arbitro de los intereses particulares, no podría ser a la vez juez y parte. Precisa que nuestro pobre mundo esté intelectualmente muy enfermo para vernos obligados a reimprimir cada día verdades tan evidentes. Toca al Estado garantizar a todos los que trabajan la paz en el interior y en el exterior. Toca al Estado poner a la disposición de ellos una moneda sana, al abrigo de todo riesgo de inflación, porque la *manipulación monetaria* es

una de las formas más peligrosas del estatismo. El Estado no puede, no debe ser una especie de vaca lechera para unos, a expensas de los haberes de los otros.»

* * *

Si los maestros de escuela y los otros profesores fueran juiciosos se abstendrían de calificar a los alumnos con la ligereza con que lo hacen por regla general. Pero, procedan ellos como procedieren para llenar las minutas de notas requetetontas ideadas por las autoridades escolares, sería candidez el acordar a esas minutas, fuéra de las escuelas, un valor que no tienen.

La lista de las pifias célebres, en materia de calificaciones, es muy larga. Véanse algunos ejemplos que ya he citado en varias ocasiones.

Pasteur, cuyos trabajos de química fueron el punto de partida de sus ulteriores descubrimientos de biología, fue calificado en el liceo como un estudiante *mediano* en química.

Poincaré, Enrique, el matemático insigne, físico y filósofo, obtuvo en los exámenes de bachillerato de 1871 un *ceró* en física y un *dos* (mediano) en matemáticas.

Humboldt, Alejandro, el insigne naturalista alemán, fue considerado por sus profesores como *incapaz* para el estudio.

Gerhart Hauptmann, poeta y dramaturgo alemán, no pudo pasar del 4.º grado de la escuela real, siendo particularmente malas sus notas en *lengua materna*.

Walter Scott, el novelista inglés, mereció de parte del profesor Delzell, de la Universidad de Edimburgo, un pronóstico de *oscuridad*.

Swift, el autor de los viajes de Gulliver, fracasó lastimosamente en todos los exámenes.

Gramme, el inventor del dinamo, no servía para las matemáticas, según sus maestros. Para vengarse, decía él, más tarde, cargado ya de gloria: nunca habría inventado mi máquina si para ello hubiera sido necesario que yo entendiera los garabatos del cálculo integral.

Víctor Hugo, Emilio Zola, Pérez Galdós, Pierre Loti, Napoleón, Wellington («el más torpe de la clase») y otros que he olvidado, son ilustraciones de la frecuencia con que desaciertan los maestros como calificadores.

¡Y no se hable de las nulidades o medianías que fueron en las escuelas *primeros estudiantes!*

* * *

En enero se conmemoró el centenario de la llegada de *Claudio Bernard* a París y se inauguró en el Colegio de Francia el relicario de este sabio de primera magnitud. Entre las reliquias ocupa el primer lugar el manuscrito original y completo de la obra maestra que se llama *Introducción al estudio de la Medicina experimental*, celebrada por todos los grandes profesores del mundo entero, sin distinción de razas ni de escuelas. Yo no conozco otro éxito parecido.

La gloria de *Claudio Bernard* como fisiólogo y como filósofo científico no ha hecho más que crecer con el transcurso de los años. Por añadidura, todos los aspectos de la vida de *Claudio Bernard* como hombre han resultado hermosos y admirables.

Estando de practicante en una farmacia de Lyon, antes de los 21 años, hizo representar en un pequeño teatro una comedia intitulada *La Rosa del Ródano*. Después, escribió un drama—*Arturo de Bretaña*—con el deseo de hacer justicia cumplida a la raza bre-

tona. Fué a París y se presentó con una carta de recomendación ante Saint-Marc Girardin. Leyó éste la pieza, la encontró «mediana» y dijo a Claudio Bernard: «Usted ha trabajado en farmacia; dedíquese ahora a la medicina, porque usted no tiene temperamento dramático». El consejo fue seguido y Claudio Bernard se convirtió en el más grande fisiólogo de Francia. Pero los críticos que han leído el manuscrito de *Arturo de Bretaña* reconocen hoy que su joven autor poseía un feliz temperamento dramático, a más de sus otras genialidades.

* * *

El sabio alemán Dr. Greeff, con un empeño muy notable y con el apoyo de las autoridades del Reich, ha constituido los *Archivos alemanes de los centenarios*. Las conclusiones que se pueden sacar de los datos publicados confirman las observaciones no sistemáticas hechas en otros países.

Hay hoy en Alemania 124 centenarios. El Dr. Greeff se ha puesto en relación directa con 117 de ellos. Veamos algunos datos.

De los 124 centenarios, 81 son mujeres (casi los dos tercios del total). De estas 81 mujeres, solamente una es soltera. Entre las 80 casadas, el término medio de los hijos habidos es de 6 por madre, y casi todas han amamantado personalmente a sus niños, sin concurso de chupón. Los 43 hombres centenarios tienen a su haber 204 hijos bien desarrollados.

Desde el punto de vista de la raza y de la profesión la balanza parece inclinarse en Alemania en favor de la gente del Norte y de los agricultores.

Un factor muy importante, que no puede todavía apreciarse bien, es el de la herencia. *Veremos* lo que

resulte, cuando sean centenarios los *archivos de centenarios*.

Por lo que concierne al modo como han vivido los que hoy son centenarios, el doctor Greeff ha puesto a hervir a las ligas y sociedades de deportistas, antialcoholistas absolutos y vegetarianos. *Ninguno* de los centenarios ha sido deportista ni abstinentemente absoluto de alcohol o de carne. Muchos de entre ellos fueron excelentes peatones y nadadores. Como lo han sostenido los fisiólogos más notables, la marcha natural y la natación son, pues, los ejercicios físicos mejores. Esto no hay que olvidarlo. Quien no pueda nadar en el agua, haga los ejercicios de natación en el aire.

En cuanto al fumado, todos los hombres han sido fumadores y ninguna de las mujeres lo ha sido.

En cuanto a actividad, todos los centenarios, absolutamente todos, han sido personas rudamente trabajadoras.

* * *

Al lado de Staline y Koganovitch gobernaba Kiroff en Rusia. Era el más liberal del triunvirato, si cabe decirlo así. Acababa de abolirse la carta de pan—un privilegio para los amigos—y acababan de suprimirse los tribunales a puerta cerrada—que facilitaban el deshacerse de los adversarios; los rabiosos tenían, pues, que salir del más sospechoso del crimen de moderantismo: por esto fue asesinado Kiroff. El asesino, Zinovieff, había sido su secretario particular. Pero Kiroff está vengado ya: su muerte ha motivado 167 ejecuciones capitales y 800 encarcelamientos y deportaciones.

* * *

Las citas que siguen son para rematar la discusión que sostuve un día de estos con una inteligente profesora del Colegio de Señoritas. Ella estaba contra el voto político de las mujeres, no sé si en serio o por hacerme hablar. Y como es francesa, mis citas son todas francesas.

Del eminente académico Paul Vallery:

«Respecto a la ley, la primera de las mujeres es un sér inferior al último de los hombres. Que seáis ilustres poetisas, doctoras en ciencias, médicas, profesoras de filosofía, artistas, inteligentes jefes de industria; que hayáis, simplemente, educado bien a vuestros hijos; que por experiencia humilde hayáis aprendido cuanto es preciso para dirigir, preservar o fortificar esas pequeñas vidas, no por ello seréis menos incapaces de manejar y pesar ese grano de potencia pública y política de que dispone en toda plenitud, en nombre de la ley, el peor de los hombres, así sea ignorante, alcohólico o saturado de las taras más infames».

De Emilio Picard, otro académico famoso:

«Toda razón sería que exista contra el voto de las mujeres, existe contra el voto de los hombres».

De Ch. Lyon-Caen, secretario perpetuo de la Academia de ciencias morales y políticas:

«En materia de electorado y de elegibilidad, una igualdad completa debe existir entre los dos sexos. No hay ninguna razón seria para hacer diferencia».

Del profesor Walther, presidente de la Academia de medicina:

«Estoy convencido de que pronto o tarde las francesas tomarán parte en las elecciones legislativas, y que, poco después serán elegibles. ¿Cuándo? Cuanto antes, mejor.»

Lo mismo, exactamente, las mujeres costarricenses.

Dije al comienzo que yo no respondía de la opinión verdadera de mi contrincante, y debo explicarme. Lo que observé cuando joven en varias asambleas feministas me lo han confirmado las noticias que he leído en estos últimos años respecto a ciertas elecciones. Llegada la hora de la votación, la mujer que ha parecido del lado de lo negro, suele votar por lo blanco. En unas importantísimas elecciones políticas de Inglaterra, las esposas de los socialistas les llevaron el corriente en sus casas y votaron contra ellos en las urnas, dándole el triunfo al partido contrario.—¿Falsedad?—Nó, señor; política.

Política, etimológicamente significa *urbanidad*, cortesía, aderezo, pulimiento.

* * *

El progreso más grande que se pueda hacer hoy en la política es también el más fácil: el de abolir las distinciones de sexo.

Notas

Por la aplicación metódica de las doctrinas socialistas, había llegado al borde del abismo Australia, el país del oro, de la lana y del trigo, el país de los más variados recursos. Según noticias recientes, el cuadro ha cambiado. En menos de tres años de vuelta al orden y al sentido común, la mejoría económica de Australia es ya muy notoria.

* * *

Los pactos, en materia internacional, valen lo que valen las firmas de los signatarios y las garantías estipuladas. El pacto de Roma, para resguardar la independencia de Austria, es un pacto de valor, por-

que lo firman Francia, Italia e Inglaterra y porque prevé, en caso necesario, la intervención de estos tres países.

¿Qué valor tienen, en cambio, los pactos firmados por Alemania, Rusia o Polonia?

* * *

La impresión que me da la prensa italiana es muy consoladora. La doctrina de Mussolini me parece falsa, pero no me parece falso Mussolini. No me sorprendería que la esperanza y el entusiasmo colectivos de la Italia actual constituyeran a la larga un gran beneficio para la causa de la libertad.

La prensa alemana me infunde pavor. Véanse las definiciones de Sieburg: «La felicidad es un estado anti-heroico.» «La noción del heroísmo procede del culto del movimiento gratuito.» Estas afirmaciones no las entiende úno, pero parecen expresar un peligroso renunciamiento de sí mismo, favorable a las más extrañas aventuras.

La incoherencia, una incoherencia estudiada, es la característica de la prensa soviética. Vehementes ataques a los errores del régimen, a la corrupción administrativa, a la pereza de los obreros, a la incompetencia de sus conductores, etc., y al mismo tiempo los elogios más exagerados imaginables al zar Staline.

* * *

El Dr. A. Mauté ha publicado un bonito artículo sobre alimentación, con el título de *El desquite de la ensalada*. Recuerda la época de la esterilización abusiva, que privaba a los alimentos de sus principios nutritivos más importantes y la época de las tablas de equivalencias caloríficas, de muy poca importancia, y concluye así: «A menos de intolerancias individuales o de enfermedades bien caracterizadas, no

usemos regímenes especiales.» Cóna usted un poco de todo y en todas las formas, esta es su regla.

* * *

En este año va a celebrarse el tricentenario de la Academia Francesa o Academia de Letras de Francia, la más alta de las academias, pues las letras están por encima de todas las cosas. A más de los hombres de letras simplemente dichos, muchos de los más notables sabios franceses de los últimos tiempos han pertenecido a la Academia: Buffon, D'Alembert, Biot, Claudio Bernard, Juan Bautista Dumas, Pasteur, Joseph Bertrand, Berthelot, Henri Poincaré, Emilio Picard.

Berthelot decía que la Academia Francesa *forma como una segunda consagración más general de la reputación de los especialistas.*

Pasteur, hablando de los sabios exclama: ¡Cuántos han considerado el título de la Academia Francesa como el supremo honor o la más delicada sorpresa de toda su carrera!

* * *

Hace pocos días estuvo el canciller de Austria en París y en Londres. Los socialistas y comunistas unidos le hicieron un recibimiento hostil e indecoroso. Los socialistas y comunistas de Londres, al contrario, se abstuvieron de toda manifestación incorrecta, proclamando de antemano su fidelidad a la sabia regla de que a una visita se le debe recibir *siempre* urbanamente.

Comentando este hecho dice uno de los grandes editorialistas europeos: En todas partes hay hoy socialistas y comunistas; la mala suerte de Francia es que le hayan tocado a ella los peores.

e. j. r.

Notas

El más potente de los telescopios es hoy el del monte Wilson; pero pronto estará terminado el telescopio del pico Palomar, a unos 130 kilómetros de San Diego, en California, y cuyo espejo cóncavo tendrá 5 metros de diámetro, o sea el doble del telescopio de Wilson. La superficie será cuatro veces más grande que la de éste, pudiendo, por consiguiente, recibir cuatro veces más luz. El volumen del mundo astronómico accesible al hombre va a hacerse ocho veces mayor.

Como el *poder separador* de un instrumento es proporcional a su diámetro, con el nuevo telescopio se podrán distinguir, en la luna, por ejemplo, objetos de unos cien metros de diámetro, dos veces más pequeños que los que permite observar el telescopio de Wilson.

* * *

En 26 años han pasado las mujeres de Turquía, del harem a la Asamblea nacional. En 1931 había ya en Turquía mujeres desempeñando la medicina, la abogacía y la magistratura. En 1934 tenían conquistados el voto y la elegibilidad municipales. El 8 de febrero último figuraron en las elecciones legislativas como electoras elegibles. En la gran Asamblea turca hay hoy 17 mujeres.



108458

IMPRENTA ALSINA

Juan Arias R.

